

OCTAVIO PAZ

INOCENCIA*

El poeta recuerda; y al recordar, vaticina. En su alma nacen la memoria y el presentimiento de un estado perdido, y un gusto, una reminiscencia, una nostalgia. ¿Nostalgia de qué? Del primer día. El poeta recuerda al primer día. Día de la creación, día fuera del tiempo, vasto como la eternidad. Sombra latiendo, fuente secreta, aguas nocturnas, cuerpo dormido y el viento penetrando la blanda confusión de los árboles, en la noche. Primer día suyo y de todos, de la especie y de cada uno; vaho y tinieblas nos engendraron.

¡Mundo perdido! Paraíso común, fuente y fruto del ser. Paraíso de todos, en él desaparecen el trabajo, el esfuerzo y la vigilia. Donde no cesan ni el deseo ni la avidez; el deseo es lo que se desea y la necesidad es, al fin, la libertad. Se es uno y otro y no hay distancia entre la fruta y el labio: *se es al mismo tiempo fruta y labio*. Desaparecen los objetos y el objeto y desapareces tú; no existen fronteras entre mi tacto y el tuyo, el horror se alía a la belleza, *quietud y movimiento son lo mismo*, la estrella late en la entraña del cielo como un corazón anegado en la sombra de su entraña y el corazón nada en su sangre, estrella de mar incandescente. Pensar es engendrar.

El poeta desciende; al descender, desnace. Y nace, nuevamente, fénix de sangre. Roza las desconocidas fronteras de la vida y la muerte ¡y no existen! Conoce, en una breve ráfaga, la eternidad, aunque no escapará a la muerte. Ha visto el reino... Participa de la vida y la muerte; olvido total, inmovilidad, ignorancia del agua y de la roca, voz que no se escucha —¿qué dices, qué repite tu sílaba de tierra?—, cielo desierto, inocencia del fuego —¿a quién, y para qué, consumes, consumiéndote, oh furioso?—, objeto puro, sólo objeto....

Reino del ser, no del acontecimiento; se ilumina la muerte con la vida, son lo mismo. Devoramos la carne y bebemos la sangre, realmente; no hay fronteras entre la carne y el espíritu: es santo el sacrilego y la justicia ha muerto, porque no hay nadie a quien condenar.

Y el olvido te cubre, poeta, como a la tierra el pecho sombrío de la nube a la hora en que el sol deserta.

México, 1941

*Hace unos meses encontré, en un cofrecillo olvidado y que no abría desde 1943, algunos papeles y manuscritos, unos ajenos y otros míos. Entre los últimos, esta prosa. Me atrevo a publicarla porque me parece un testimonio, otro más, de una época y de cierta visión de la poesía y sus poderes.

Octavio Paz, México, 1986